

---

## pensar sin contemplaciones: a propósito de *batallas por la teoría*

levy del águila marchena

---

Podrá notarse cómo a estas alturas me preocupa muy poco «la vigencia» o no vigencia de Marx, como la de Mariátegui; y en todo caso estoy seguro que sabrán defenderse solos. En cambio, me sigue interesando sobremanera las formas de pensar: *cómo razonamos en las ciencias sociales*» (p. 59)

El volumen que a continuación reseñamos, *Batallas por la teoría. En torno a Marx y el Perú* (Lima: IEP, 2007, 565 pp.), contiene un total de 31 artículos de la producción intelectual que Guillermo Rochabrún nos ha ofrecido en los últimos 35 años. Divididos en cuatro secciones, casi todos fueron publicados previamente, y algunos son inéditos. Al final del libro se ofrece la lista completa de los textos producidos por nuestro autor entre 1971 y 2006. Este volumen —sin dejar de hacer sentir la ausencia de algunos textos de importancia— nos ofrece el contenido suficiente para formarnos una imagen amplia de los intereses, horizontes, logros y alcances del aporte de su autor a las ciencias sociales peruanas.

La Introducción («A modo de introducción: un marxista académico ante el espejo») fue escrita especialmente para la compilación. En ella Rochabrún nos propone una versión autobiográfica de su itinerario intelectual, lo cual es un buen punto de partida para situar mejor el ánimo y el contexto, tanto académico como político, de los artículos por venir. Le sigue una sección titulada «Contra el método y por el rigor», concernida a discusiones en torno a la obra de Marx y la tradición marxista en las ciencias sociales peruanas y latinoamericanas. Es por largo la más extensa. La segunda sección, «Entre la Sociología y la Historia», ofrece distintos artículos donde además de intensos debates académicos, destaca el distintivo estilo de razonamiento sociológico de Rochabrún, comprometido con rastrear la presencia del pasado en el presente y sus condiciones de reproducción, lejos de las disociaciones disciplinarias entre «lo sociológico» y «lo histórico».

En la tercera sección, «Izquierda, socialismo y política», los artículos expresan los términos en que nuestro autor encaró intelectualmente el colapso de la

izquierda marxista en el ámbito nacional, procurando discernir las condiciones del mismo, así como —en menor medida— el escenario que ello deja hacia delante. Por último, la sección «La imaginación y la crítica», contiene textos que fluyen de variados campos temáticos y que, por tanto, pueden ser apreciados en distintas direcciones, aunque en términos generales podemos encontrar preocupaciones epistémicas recurrentes de sumo valor para repensar la tradición y la actualidad de nuestras ciencias sociales. A su interior cada sección ordena sus textos en secuencia cronológica, pero entre sí avanzan en paralelo, de modo que —a partir de los alcances de la Introducción— bien podrían leerse en un orden distinto al establecido.

Son textos de un intelectual y un académico de las ciencias sociales, entregado a la intelección de su tiempo, comprometido con los procesos y necesidades sociales de su país, así como con sus posibilidades políticas. Para ello, ha contado con una disposición personal que va más allá de sus particulares compromisos teóricos, tópicos de interés y/o orientaciones ético-políticas. Su trayectoria da cuenta del valor de la *radicalidad* a la hora de pensar y disponerse al conocimiento del mundo social. La radicalidad para no llegar solo hasta donde sigamos siendo agradables al poder establecido en sus diversas facetas políticas, económicas, gremiales y académicas, ante nuestros amigos, e incluso *ante nuestras propias preferencias* declaradas o implícitas, sino hasta donde nuestras preguntas nos lleven, debidamente abrazadas de nuestros mejores recursos cognitivos.

Por nuestra parte, nos ocuparemos de algunas cuestiones que consideramos oportuno comentar a partir de la lectura de este extenso volumen. También son cuatro, aunque no guardan relación con las secciones del libro, sino que responden a una organización propia del material que, por supuesto, dejará muchas cuestiones por tratar.

## 1. Marx, el marxismo y la sociología

La relación de Rochabrún con la obra de Marx resulta la más fecunda a lo largo de su trayectoria intelectual. No solo por los escritos directamente vinculados a aspectos centrales de dicha obra, sino porque, aun discutiendo sobre las vicisitudes de la izquierda en el Perú, o a propósito de un paralelo entre Weber y Lyotard, su forma de razonamiento muestra la presencia de los recursos epistémicos y lógicos del autor de *El Capital*. Ahora bien, en principio, podría pensarse que con ello no hace sino compartir una condición que definió la producción de múltiples académicos en la ciencia social de nuestro medio, al menos desde mediados de la década de 1960 en adelante. La cuestión por determinar es cuál versión de dicha dialéctica es la que ha sido protagonista en los artículos del volumen que reseñamos y en los muchos otros que quedaron fuera de él.

Una primera consideración —que el propio Rochabrún hace explícita en la Introducción al volumen— es el rechazo de los manuales de marxismo que plagaron los medios académicos y políticos de izquierda hace más de treinta años. Este rechazo remite a una apuesta por *la irreductibilidad de lo no teorizado* (p. 14). El esquematismo abstracto de los manuales andaba siempre ansioso en pos de las soluciones finales y completas a toda cuestión. Abandonaba de este modo la exigencia constante que corresponde a cualquier intelectualidad

comprometida con su primera responsabilidad, si su quehacer ha de tener algún sentido: la construcción de teoría (p. 19).

La medida en que nuestro autor ha respondido o no a esta exigencia se expresa en distintos debates en los que participó como parte de las discusiones de la tradición marxista nacional e internacional. Así aparece la discusión en torno al recurso de Engels para explicar la relación entre las distintas dimensiones de la praxis social: la *autonomía relativa*. Una salida que Rochabrún denosta como, más que ambigua, abiertamente contradictoria. Expresaría una lectura economicista de la obra de Marx para intentar resolver diversos *impasses* explicativos respecto de inadecuaciones entre la base y las superestructuras que «debieran» corresponderle, pero que parecieran resistírsele<sup>1</sup>. El planteamiento de Rochabrún apuesta más bien por la inexistencia de una base económica autónoma en la interpretación que Marx propone, en su obra fundamental, del modo de producción capitalista. De ahí que las determinaciones económicas de la sociedad no constituyan leyes inexorables, sino relaciones sociales que devienen en estructuraciones que han de ser atendidas en la complejidad de su recíproca dependencia; allí donde se abre la puerta a cuestiones no meramente económicas como las condiciones generales de la producción, la educación pública, etcétera (pp. 25-26).

En esta línea, el tercer capítulo de esta compilación, «Base y superestructura en el 'Prefacio' y *El capital*» (1977), desarrolla una contraposición —que ha interesado considerablemente a nuestro autor— entre el célebre «Prefacio» a *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) y *El capital* (1867). Mientras en el «Prefacio» abundan vacíos y omisiones fundamentales, como las referidas a las clases sociales y a la dialéctica entre los niveles de la realidad social allí planteados, en *El capital* encontraríamos un texto autoexplicativo, marcado por el dinamismo de las clases, las formas sociales y una constante disposición antifetichista, a favor de la intelección de la dialéctica propia de la producción social de la vida en las sociedades capitalistas.

La misma disposición, aunque en un tono más epistemológico, queda expresada en «¿Hay una metodología marxista?: a partir de la primera sección de *El capital*» (1974), donde arremete contra el creciente arraigo positivista de numerosos marxistas en los años setenta. En vena lukácsiana y contra el positivismo del «método», Rochabrún se pronuncia a favor de la unidad método-objeto, determinando las posibilidades del conocimiento científico social de acuerdo con las condiciones y pertenencias históricas que le hacen posible. Tal opción no significa desatender lo que denomina «planos fundamentales de lo real», pero deja de lado la impronta del positivismo e incluso del estructuralismo (pp. 75-76) vía la atención a la unidad de las determinaciones constitutivas de una estructura social. El análisis del despliegue de las categorías de la primera sección de *El capital* resulta para nuestro autor el emblema de esta pretensión. Está en juego un reclamo de totalidad, al tiempo que se destaca la pertenencia de sus determinaciones a un movimiento histórico que toma la forma de una «historia condensada».

A nivel epistémico, de ello se desprende que «...la misma teoría debe estar en perpetuo devenir.» (p. 86). Otra implicancia epistémica significativa de este

<sup>1</sup> Cf. Rochabrún, Guillermo, *'El capital': Crítica de la autonomía relativa*, Lima: Programa Académico de Ciencias Sociales – PUCP, 1976, lamentablemente no incluido en esta edición.

marxismo no positivista es que no se halla comprometido con esencialismos desdeñosos de las apariencias. Los fenómenos, en tanto tales, son formas efectivas que muestran el devenir real. No se trata de abandonarlos como «irreales», sino de leer respecto de qué son indicativos, de qué historicidad forman parte, y en qué medida —en el horizonte de Marx— resultan parte de la superación del dominio de lo económico sobre los seres humanos.

De estas consideraciones se desprende un punto de tensión en la producción de Rochabrún: su relación con la sociología. En una posición que luego fue redefiniéndose a la luz de la evolución de sus concepciones sobre las posibilidades comprensivas del marxismo, al menos los primeros veinte años de su producción publicada son testigos del conflicto entre el marxismo de nuestro autor y su inscripción fáctica como sociólogo en el medio académico de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, así como en distintos espacios próximos de debate intelectual y político. En principio, sus formulaciones eran muy claras en la línea situar al marxismo por sobre la sociología, o al menos, por fuera de ella. Las razones: la impronta positivista y conservadora de las tendencias sociológicas dominantes hasta los años sesenta, con particular énfasis en su disposición a no ir más allá del orden establecido.

Bajo esta caracterización, la sociología destacaba por su compromiso con «lo dado», cuya concomitante epistémica es la disociación entre método, objeto y teoría (p. 21). Frente a esta tradición, la dialéctica marxista vendría a ser una cierta *metódica* cuyo develamiento de sus objetos no precisa disociarse de ellos, ni abstraer el ánimo de las voluntades ni las intenciones desde las que se les comprende. A fin de cuentas, la perspectiva epistemológica del marxismo podía hacer explícitos sus presupuestos prácticos: la superación del capitalismo. Donde la comprensión de «la cosa misma» es parte del movimiento de su transformación. Este por lo demás no es sino la autotransformación de la propia praxis social, la que de este modo se haría consciente de sí misma. La dinámica de las formas sociales, tan cara al marxismo de Rochabrún, se contraponía pues, a la legalidad ineluctable del orden social que a la sociología le interesaba consagrar<sup>2</sup>.

Esta misma disposición dialéctica aparece a propósito de la imagen que plantea Rochabrún de buena parte del marxismo peruano y latinoamericano, muchas veces entregado a caracterizaciones abstractas que iban de la mano con la decidida ausencia de un sentido totalizante a partir del cual inteligir lo concreto. Por su parte, la exigencia de nuestro autor pasaba por pensar al capitalismo simultáneamente como forma de producción, forma de sociedad y como periodo histórico, a la manera de planos entrelazados de un mismo conjunto («Apuntes para la comprensión del capitalismo en el Perú»).

Quienes tuvimos ocasión de ser alumnos y/o interlocutores de Rochabrún a inicios de los años noventa, solíamos escuchar de él que «la concepción de Marx tenía como característica ser más abarcante que otras teorías», pues era capaz de incluir en sus explicaciones aspectos de otros modelos teóricos sin por

<sup>2</sup> La afirmación de esta postura en torno a la superioridad del marxismo frente a la sociología es una posición que fue mutando —aunque en este volumen no se encuentran formulaciones explícitas al respecto—, bien sea por la agudización de la crisis del marxismo a fines de los años ochenta, bien por los propios senderos sociológicos recorridos por Rochabrún bajo una «cauta» distancia frente a Marx (p. 54), especialmente a partir de esos años.

ello renunciar a sus afirmaciones fundamentales. En cambio, la figura inversa no aparecería en la escena teórica contemporánea. Esos mismos años fueron aquellos a partir de los cuales la producción de nuestro autor, en torno al *corpus* teórico marxista, decrece marcadamente. La Introducción a *Batallas por la teoría* habla de una «distancia cauta y creciente frente a Marx» (p. 54). No estuvo asociada directamente con el derrumbe del orbe socialista, motivo de innumerables abandonos —inmediatos, totales y frecuentemente irreflexivos— de toda consideración procedente de Marx, sino con una revisión de sus presupuestos teóricos: la relativización de las «premisas» de la concepción materialista de la historia expuesta en *La ideología alemana* (1845) —a decir del propio Rochabrún, «piedra angular de mi comprensión de Marx» (p. 54). La ausencia de una dimensión moral y estética, su instrumentalidad y su univocidad epistémica, antes inadvertidas, aparecieron luego para nuestro autor de un modo manifiesto. Dispone su mirada entonces hacia Durkheim (la vida social como un orden moral), Habermas (la ampliación comunicativa del materialismo histórico), y Weber (el sentido y la dimensión moral de la acción), en pos de la apropiación de recursos teóricos que permitan salvar tales insuficiencias o que simplemente, y más allá del marxismo, permitan comprender la vida social.

Bajo esta perspectiva, encuentra Rochabrún una seria inconsecuencia en Marx: la indicación antropológica de los seres humanos como entidades dispuestas de múltiples potencialidades que, no obstante, son estimadas en términos estrechamente biológicos (el ámbito de las necesidades por satisfacer) en el horizonte de *La ideología alemana* —ese «portento intelectual», a decir de nuestro autor (p. 40, n. 34). Así, las más amplias posibilidades conceptuales presentes en los *Manuscritos de París*, escritos apenas un año antes (1844), encuentran una mejor valoración. Aquella contradicción en *La ideología alemana* vendría a ser una contradicción en los términos, pues a ciertas necesidades humanas biológicamente definidas se ofrece soluciones históricas que debieran poder satisfacer incluso necesidades creadas por los seres humanos en el ámbito de la estética o la moral (p. 58).

Cabría, sin embargo, problematizar la cuestión. ¿Se trata de una mera contradicción, o de un problema más vasto: la relación dialéctica entre *potencia* y *acto* que dicho texto presupone; en particular, la limitada concepción de las potencias en juego? Esto es, la antropología de Marx explicitada en *La ideología alemana*. ¿Cómo podría desprenderse la satisfacción de las necesidades estéticas y morales en el marco de sus «premisas», allí donde la cuestión pasa por resolver la reproducción de la propia vida material? La cuestión resulta fundamental. No queda claro, sin embargo, que se trate de un oxímoron antes que de una pobre explicitación de los contenidos de dicha vida.

Cabe aquí retomar la interpelación de la dialéctica de *El capital* contra el esquematismo positivista del aludido «Prefacio». Las «premisas» de *La ideología alemana* quizás se hallen menos lejos del segundo que de la primera; esto es, presuponen la disociación «materia» y «espíritu», así como el «Prefacio» disociará «base» de «superestructura». Desde allí no hay forma de dar cuenta de la «condición genérica» de nuestra especie, de la cual se ocuparan los *Manuscritos de París* y que *El capital* considerara decisivamente en su argumentación y sin rubor. Antes que frente a un *impasse* lógico, lo que estas «premisas» estarían enunciando —que, por lo demás, no tendrían por qué identificarse con el contenido íntegro de *La ideología alemana*— es quizás la primera expresión sustantiva de la retórica positivista tantas veces presente en Marx, y que en más

de una ocasión ha significado serios inconvenientes para el aprovechamiento de su dialéctica.

En cualquier caso, si algo caracteriza las orientaciones marxistas de nuestro autor es su escasa ortodoxia, sea animada por dogmatismos académicos o por urgencias políticas. Es una disposición constante a mantener una relación con Marx marcada por la independencia de la crítica, y sumamente alerta ante la necesidad de distinguir a Marx de otras figuras históricas del marxismo, partiendo por el propio Engels. En este contexto llama la atención que Rochabrún no haya optado —como suele hacerse crecientemente con la expresión «marxiano»— por considerar algún vocabulario alternativo a las denominaciones «marxismo» o «marxista». No es un asunto meramente nominal. Remite a la intención de distinguir la lectura rigurosa de los límites y posibilidades del pensamiento de Marx frente a lo que de él pudiera surgir en las distintas tradiciones marxistas que le sucedieron.

Resulta empero más significativo destacar la figura de *descubrimiento personal* que encontramos en la relación de nuestro autor con Marx. La ortodoxia de las escuelas, particularmente filosóficas, suele inteligir a Marx desde las raíces de su dialéctica, las cuales residen en Hegel. Por su parte, las referencias de Rochabrún a Hegel son mínimas en sus textos. Habitualmente se hace más fácil estudiar *El capital* luego de haberse dedicado a la *Fenomenología del espíritu*. No parece haber sido el camino de Rochabrún. No ha tomado los conocidos «atajos hegelianos» (en absoluto fáciles de tramontar, por cierto). A su vez, el tratamiento y la pretensión que constantemente animan su «versión» de Marx está provista del afán hegeliano por la intelección del automovimiento total de lo real merced a las finitas contradicciones y tensiones resultantes que constituyen su devenir. La cuestión de la lealtad al devenir vía el estudio de las formas históricamente determinadas y mutables de la vida social resulta —en buena cuenta— una inadvertida presencia hegeliana —no precisamente del viejo Hegel, el de los *Principios de la filosofía del derecho*— en la obra que nos ocupa.

Así, en «Marx, a mi manera» [1999], aparecen las reafirmaciones de Rochabrún respecto de Marx: vocación de autoconciencia, totalización y revolución (al tiempo que se reconoce el agotamiento de la política revolucionaria marxista y de todo el discurso marxista inmerso en lo que podríamos denominar la «ruptura emancipatoria»). Insiste sobre la coexistencia de mutación y continuidad en la sociedad capitalista, vía los fenómenos de acumulación y apropiación, a la vez que se lamenta de la pobre conciencia histórica propia del discurso posmoderno y de las reflexiones en torno de la globalización. Adelanta un punto autocrítico de interés: la falta de diálogo entre quienes abrazaron el marxismo en el país y la intelectualidad del capital (por ejemplo, a nivel local, la figura de Hernando de Soto). Se trata de una estrechez y cerrazón desconocida en Marx —y en el propio de Soto, confeso lector de *El capital*. Las fuentes y principales interlocutores en la elaboración de su obra culminante fueron los economistas políticos clásicos, llamados desdeñosamente por él «economistas burgueses». Desde esta limitación autoimpuesta por el marxismo en nuestro medio, es más difícil seguirle la pista a la compleja evolución del capitalismo contemporáneo. En ese diálogo, sugiere nuestro autor, tópicos como el de la responsabilidad social («Es decir, buscar un sentido a la vida más allá del trabajo. Calculo que Marx estaría muy complacido de conocer estas cosas», p. 250, n. 6) pueden dar nuevas luces sobre las actuales condiciones y mutaciones en la conformación de la vida social bajo el capitalismo.

Los artículos que componen este volumen distan de ser ejercicios ensayísticos libres, en los cuales el autor se inscriba en ciertas cuestiones generales sin tomar mayormente en cuenta líneas de discusión y referentes bibliográficos específicos. Por el contrario, la vasta mayoría de ellos están inscritos en debates muy precisos en las ciencias sociales peruanas y latinoamericanas, plagados de contraposiciones e interacción entre distintas posturas de muy variados autores. La discusión con los colegas del medio académico, miembros de la escena política de izquierda y de los organismos de promoción del desarrollo, es una constante en los trabajos que nos ocupan. Lo más destacable, empero, son los términos de estos intercambios. Un rasgo debe destacarse: la *lealtad* que anima la pulsión de confrontar las afirmaciones de los interlocutores, bajo el afán de hacer valer el interés del descubrimiento científico-social. Ya habíamos aludido este rasgo en relación con las tradiciones marxistas y frente al propio Marx. El contenido de esta disposición es una suerte de irreductible autonomía, reivindicada no solo explícitamente en los textos, sino desplegada para incomodidad de la mayor parte de sus interlocutores en la forma de una crítica incesante.

No se trata de un tono elevado y pontificante, pero sí de una disposición constante a favor de aquello que Kant llamara «ilustración», o ‘la convicción de servirse de la propia razón’. Para empezar, la distancia con la política, y no solo con los compromisos asociados a quienes detentan el poder, como podría sugerirse por parte de cierta sociología pre-marxista a la que nos hemos referido, sino también en relación con opciones políticas «progresistas» cuyo anhelo les lleve a hacer pasar —para empezar, ante sí mismos— sus ilusiones y expectativas como derroteros efectivos del mundo social. La apuesta por futuros inciertos deseados puede comprometer seriamente el juicio que debiera ser atentamente velado por el científico social (pp. 29, 310). No se trata de la vuelta positivista sobre la disociación entre método y verdad, sujeto y objeto, mas sí de la precaución del rigor, consistente en no hacer pasar los propios deseos por la complejidad de los procesos sociales de los cuales ellos forman parte, evitando con ello la peligrosa imposición de lugares comunes sobre las exigencias del descubrimiento científico social (pp. 48-51).

Ser coherente con esta pretensión supone no someterse a los cuidados de «lo políticamente correcto». Así, nuestro autor se ocupa de distintos aspectos concernidos en torno a la problemática de Sendero Luminoso («Sendero Luminoso y las profundidades del Perú») o la dictadura de Fujimori («Descifrando el enigma de Alberto Fujimori»), evitando la descalificación a priori y discutiendo las condiciones de relativo éxito que, en sus respectivos términos, ambos lograron: el primero eludiendo ser parte del colapso de la izquierda formal en los ochenta, y el segundo violando el orden legal con un masivo respaldo popular en la década siguiente. Ambos textos aparecen como pequeños *manifestos por el rigor*, donde el juicio no responde a la inmediatez del deseo o la opción política, sino al tratamiento de «la cosa misma», de la cual estos son un aspecto: «La ausencia de autonomía entre los distintos campos teóricos, políticos y prácticos conlleva a la constitución de una ciencia social muy limitada y por debajo de las exigencias actuales... En consecuencia, parte de la solución a estos problemas consiste en la autonomización de las ciencias sociales frente

a la política...» (p. 310) y sin que ello sea óbice para el fecundo encuentro de ambas, pues «La mejor colaboración que puede obtenerse es la que proviene de campos tan bien decantados como sea posible» (p. 310), todo ello en la perspectiva de evitar polarizaciones infértiles entre la una y la otra.

Pero sin duda las más destacadas apuestas por el rigor de parte de nuestro autor las encontramos en el medio académico y en el núcleo de las discusiones de la ciencia social peruana de las últimas cuatro décadas. Una de las más notables es, a mi juicio, la que sostiene con Julio Cotler a propósito de su propuesta de comprensión de las condiciones generales de la vida social peruana a partir de la «herencia colonial». Rochabrún arremete contra este recurso conceptual por tratarse de una explicación meramente inercial que no responde a la cuestión fundamental acerca del punto de vista de los términos de reproducción de la praxis que se hallaría supuestamente lastrada por dicha herencia: «¿por qué seguimos heredando la ‘herencia colonial’?», o bien ¿por qué rechazamos nuestra herencia allí donde otros la abrazan? (p. 49)<sup>3</sup>

Destaca también la fallida reflexión de mediados de los años setenta sobre un supuesto fascismo latinoamericano («Economía y política en el análisis del capitalismo y de la sociedad en América Latina), o sobre las ilusiones en torno a la idea de «nación»: «No creo que una nación implique ningún tipo de unidad ni de homogeneidad, ni aquí ni en ninguna parte. Esta forma parte más bien de las malas conceptualizaciones de los científicos sociales que han contaminado a la sociedad en su conjunto. Es decir, mis colegas crean problemas que no existen.» (p. 320). Las disputas «por el rigor» a lo largo del volumen son, pues, múltiples. Confrontan desde la vaguedad conceptual de «lo informal» puesta en evidencia por renovadas investigaciones empíricas<sup>4</sup> hasta la idealización liberal del potencial político de los «movimientos sociales» por fuera de la dimensión estatal en los años ochenta (pp. 403-405), pasando por necesarias precisiones acerca del sistema político peruano para diferenciar representatividad e intermediación («¿Crisis de representatividad o crisis de intermediación?»), representación y representabilidad («El problema está en los representados»<sup>5</sup>) o cultura política y sensibilidad electoral («¿Polarizaciones...? ¡Las de mi tiempo! Electorado y ciudadanía en los 90, y en el 2000»). La perspectiva de estas disputas es la de poder hacerse cargo, en renovados términos, de la complejidad de estas cuestiones sociales y su habitual capacidad para desacomodar, una y otra vez, los mejores esfuerzos de nuestros científicos sociales.

Especial mención merece el artículo sobre «La zanahoria y el asno: para un análisis crítico de la noción de escasez» (1999), quizás el más especulativo

<sup>3</sup> Perspectiva que por lo demás adquiere en Cotler una expresión emblemática, pero que atraviesa la historiografía peruana previa, y distintas variedades de la auto-percepción en el país. Ante ello, las bien intencionadas apelaciones de Basadre a «la promesa de la vida peruana» poco pueden hacer: «Fueron tan sólo esfuerzos patéticos por evitar una imagen irremediabilmente derrotista del pasado nacional.» (p. 466)

<sup>4</sup> Cf. el capítulo 15, «De madres de familia a capitalistas: las trampas de la informalidad» (1994), que es un postfacio a la investigación que sobre el particular realizara Ignacio Cancino, y a partir de la cual se desprende la necesidad de que la ciencia social examine, para su mejor comprensión, usos y clasificaciones que se dan por sentadas sin mayor examen.

<sup>5</sup> Considérese a propósito de la representabilidad política y el colapso de las identidades sociales: «¿Cómo puedo entonces buscar un representante, si no sé bien qué soy, ni qué seré?» (p. 448)

del volumen, y en el que Rochabrún se embarca en una confrontación con *el* supuesto básico de la ciencia económica contemporánea: «La noción de escasez no puede desempeñar el rol de piedra angular de la teoría económica que generalmente se le atribuye. Para ello debería tener un significado unívoco, del cual carece. Esta ambigüedad conceptual se esconde tras la fuerza retórica de un sentido común en el que la coherencia razonada es sustituida por lo 'obvio'» (p. 240). No menor es el abierto desafío planteado a la comunidad del SEPIA (y de manera frontal en la ponencia inaugural de su quinto encuentro en 1993) en razón de la presunción en virtud de la cual la noción «agro» puede emplearse sin mayores explicitaciones para abordar cuestiones rurales: «El Seminario de Investigación Agraria (SEPIA) —o mejor dicho, sus integrantes— da por sentado que el agro 'existe'. ¿Pero es así realmente?, ¿es 'así de fácil'? ¿Qué entienden por *agro* los agraristas en el Perú, y en general en todas partes?» («¿Mirando el campo con ojos urbanos?», p. 494). Para Rochabrún, «lo agrario» se trata de «[...] una construcción conceptual (y también una realidad) conformada desde la ciudad en razón de su propia dinámica y en virtud de sus propias necesidades» (p. 494); esto es, un concepto que tiene que develar sus presupuestos para potenciar su alcance y su aporte a la investigación social.

Esta disposición al desmontaje de los presupuestos conceptuales de distintas líneas de investigación en nuestras ciencias sociales conoce también, en nuestro autor, la oportunidad del reconocimiento a trayectorias como la de Alberto Flores-Galindo («un hombre libre... sin fantasmas de los cuales correr...», pp. 457-458), Aníbal Quijano o Ernesto Yepes; aquel coetáneo y estos últimos generacionalmente mayores que Rochabrún y firmes referentes de su proceso intelectual. Se trata de reconocimientos planteados en el contexto de esta búsqueda del rigor y cuya mejor expresión sea quizás el artículo que cierra el volumen, «'Indigenista', 'europeizante' y 'negador': Mariátegui y el Perú como nación», donde la profunda admiración de Rochabrún por el Amauta y la celebración de sus aportes a la comprensión de nuestro país no impiden plantear distancias considerables en cuanto a su visión «arquetípico-biológica» del indio (p. 548).

Estas sistemáticas apuestas por el rigor arriban a sentencias muy —no digo, extremadamente— duras sobre el medio intelectual de nuestras ciencias sociales. Así, respecto de la facilidad irreflexiva desde la que se procedió al masivo abandono del enfoque marxista en los años ochenta y de las cándidas obviedades del economista a propósito de la noción de escasez, señala: «La ausencia de debate teórico, de discusión sobre los fundamentos, es una constante en el medio intelectual peruano.» (p. 54). El lamento obtiene un cuerpo preciso: la infertilidad. Cuando Rochabrún diagnostica el colapso de las teorizaciones marxistas en el Perú y en América Latina se detiene en su pobre aporte a las ciencias sociales. Estas fueron decididamente marxistizadas vía corrientes como las teorías de la dependencia, pero en variantes rígidas, cifradas en una lectura abstracta de las clases sociales y el capitalismo («La dependencia»). El drama de este fracaso tendría su elemento clave en la falta de compromiso con una producción teórica propia. Finalmente, revelada la insuficiencia del esquema este es abandonado, y con ello el potencial explicativo de sus orientaciones conceptuales pobremente aprovechadas. De esta manera, por usar una frase que emplea Rochabrún en más de una ocasión, «termina arrojándose al niño con el agua sucia».

De cara al porvenir de las ciencias sociales en nuestro medio y a manera de reivindicaciones finales «por el rigor», Rochabrún destaca la autonomía del trabajo científico frente a los poderes establecidos, el *fair play* en la discrepancia del debate académico, la conciencia de los límites categoriales, una especial precaución con la inmediata generalización de los indicios favorables en las pesquisas a favor de nuestras preferencias y deseos, y, por último, la decidida atención a la continuidad entre pasado y presente (p. 60).

### 3. La izquierda y el país

Los encuentros y desencuentros entre la intelectualidad de izquierda y el país han llamado especialmente la atención de Rochabrún. En este caso, de modo análogo a lo que reiteradamente ha acontecido con las ciencias sociales, dicha intelectualidad ha conocido dos relaciones que han limitado su capacidad para elevar a forma política los intereses sociales que siempre esperó formular. Se trata de su relación con las dinámicas políticas de coyuntura y su relación, en especial desde los años ochenta, con el ámbito de la promoción del desarrollo y el *boom* de las ONG. Como consecuencia de ello, se pasó del «mito proletario» al «mito popular», pero sin que ello constituya una ampliación comprensiva de los fenómenos y procesos sociales que involucraban las dinámicas, disposiciones e intereses de los sectores populares («Del mito proletario al mito popular»). Se asienta el fetiche «pueblo», pero la falta de sentido totalizador permanece. Más aún, se hace palpable que determinados presupuestos de la praxis política devienen caducos, tales como la expectativa según la cual el crecimiento constante de la segunda mitad del siglo XX habría de transformarse en desarrollo, o el carácter pretendidamente clasista de los obreros industriales. Junto a ello, se mantienen serios olvidos para comprender la sociedad peruana, tales como la contradicción central entre el campo y la ciudad.

La experiencia de la izquierda peruana en los últimos treinta años pone de manifiesto el máximo rezago de los esquemas que conformaron esa suerte de positivismo de izquierda al que nos hemos referido líneas arriba. Un vacío resulta en él fundamental: la falta de reflexión sobre los fines de la acción política («Nuestra izquierda: hay que reencontrarse con el país»). El resultado terminal del proceso de la izquierda peruana en los años ochenta fue el abandono de la reflexión crítica y de una política crítica. En contraste, el discurso optimista de lo informal por parte del Instituto Libertad y Democracia pudo florecer, atento al actor, contrapuesto al Estado, y promotor de una perspectiva de progreso individual (pp. 306-309).

Rochabrún propone un diagnóstico global sobre la suerte de la izquierda asociada con la manera en que el reformismo del Gobierno Militar de Velasco agotó las propuestas que ella reivindicaba, con la forma en que la democracia se fue enraizando en el país, y con la marcada contradicción entre la dinámica económica del capitalismo en el Perú y sus «superestructuras» sociopolíticas e ideológicas («Izquierda, democracia y crisis en el Perú»). Una vez que arriba el viro general de la izquierda hacia la democracia —con la excepción de Sendero Luminoso y el MRTA— en los años ochenta, ella se comprometió con su nuevo escenario de actividad sin asumir ningún compromiso por reinventar una política socialista acorde con el mismo. De este modo: «La izquierda no conquistó el

campo de la democracia, sino que fue capturada por ésta.» (p. 389). Lo poco que de ella sobrevivió por algunos años, más allá del breve auge electoral a mediados de esa década, pasó por una lógica de parlamentarización, con bases sociales precarias y dirigencias crecientemente desvinculadas.

Ante ello nuestro autor se plantea la pregunta acerca del futuro de la izquierda. Su posición no resulta clara si revisamos el conjunto de los textos del volumen. Por supuesto, varios de ellos se encuentran plenamente instalados en el proceso de este colapso, por lo que las agitaciones, decepciones y movilizaciones personales y colectivas en juego no podían ser pocas. Así, hacia 1984 («Nuestra izquierda: hay que reencontrarse con el país»), Rochabrún expresa un leve optimismo sobre la coyuntura de la izquierda, pero en el marco de una exposición donde domina un marcado escepticismo frente a la «generación desarrollista», en cuanto a su capacidad para redefinir la mirada en las nuevas circunstancias (p. 349). Menor es el optimismo hacia 1994 («¿Crisis de representatividad o crisis de representación?»), aunque este parece reforzarse en medio del análisis sobre los primeros signos del desgaste de la dictadura de Fujimori en 1996 («Descifrando el enigma de Alberto Fujimori», p. 438). El perfil intelectual con el que nos topamos no va de la mano con optimismos desmedidos, de allí que no llame la atención las distancias críticas de Rochabrún frente a la suerte de la izquierda peruana. No obstante, no se trata de una posición monolítica que no dé lugar a expectativas sobre las posibilidades futuras de las tendencias críticas y progresistas en el país<sup>6</sup>.

El concepto de «experiencia histórica» que Rochabrún propone en «Formación nacional y experiencia histórica» (1986) puede ayudar en dirección de estas aperturas. Se trata de plantear la cuestión del problema nacional atendiendo a la relación con el territorio, evitando esquematismos importados en pro de teorizaciones propias que atiendan nuestras peculiares relaciones entre economía y política. La atención a nuestra propia condicionalidad promovería evitar, tanto las caracterizaciones importadas y abstractas, como la idealización de los sujetos sociales, identificando sus efectivos intereses prácticos. De ello se desprende la exigencia que la izquierda peruana no fue capaz de satisfacer en este periodo: pensar el país originariamente, esto es, desde su especificidad, y en atención a sus posibilidades revolucionarias, así como de acuerdo con —lo que hoy podría llamarse— la prospectiva de la acción social, articulando formulaciones teóricas propias y aspiraciones prácticas («Las ideas socialistas en el Perú», p. 379).

---

<sup>6</sup> Desde las décadas que nos separan de estas apreciaciones, podemos señalar como fallidos momentos de optimismo los enunciados en «Izquierda, democracia y crisis en el Perú», donde hacia septiembre de 1988 el inminente Primer —y último— Congreso de Izquierda Unida y los resultados electorales de los últimos años, crecientemente favorables para su causa, parecían sugerir escenarios altamente promisorios lejos del descalabro inminente por venir (pp. 401-403). Quizás aún más resaltante sea esta otra expectativa fallida formulada —en el mismo artículo— luego de un riguroso diagnóstico sobre las ambigüedades y la falta de claras orientaciones por parte de la izquierda peruana: «Pero en momentos de terminar este artículo se desarrolla el mayor esfuerzo de centralización de las organizaciones populares en la historia del país: la Asamblea Nacional Popular. Ahí están presentes todos: las bases, los partidos, los independientes, los movimientos armados» (p. 405).

#### 4. Las afirmaciones necesarias

Los 31 artículos de esta compilación y los más de 80 textos que quedaron excluidos de ella plantean la cuestión de si puede hablarse de una obra como resultado de la trayectoria intelectual de Rochabrún. Para atender a esta cuestión resulta fundamental identificar cuáles vendrían a ser las afirmaciones fuertes de la misma. Su imagen de agudo crítico está ampliamente extendida en el medio académico de las ciencias sociales peruanas, pero ¿en qué consiste su producción propositiva? Nos hemos referido a la manera en que su disposición «por el rigor» le ha llevado a amplios desmontajes teóricos —socráticos, diríamos— que han sabido dirigirse a las interpelaciones básicas; así, «¿qué es el agro?». Al mismo tiempo, se trata de cuestionamientos cuyo propósito declarado no es la inmovilidad o la parálisis aporética, sino que pretenden ser una invitación a la invención teórica. No estamos, pues, ante la postura de un francotirador cómodamente instalado que nada arriesga.

Para identificar las apuestas positivas de Rochabrún, el escenario de crisis teórica y política que su generación vio culminar a fines de los años ochenta y en la década siguiente puede ser un espacio iluminador. ¿En qué consistió esta crisis? Señala nuestro autor que, más que un asunto de fracaso de las respuestas conocidas, se trató de la emergencia de *nuevas respuestas* (procedentes de la consideración de los movimientos sociales, lo étnico, el neoliberalismo, etcétera) y, más radicalmente, de *nuevas preguntas* que reposicionaron el horizonte interpretativo de su generación (pp. 43-48). Así, el cuestionamiento de las premisas de la izquierda en torno a la imposibilidad del desarrollo dentro del capitalismo y su juicio sobre la democracia como fachada de una dictadura de clase, pero también el desdibujamiento terminal de la clase obrera y los sucesos internacionales que concluyeron en el colapso de la URSS. Desde el horizonte de los marcos teóricos, no solo se abandona el horizonte marxista para hacerse cargo de los críticos procesos sociales de alcance mundial, sino que por todas partes los propios marxistas abrazan afanosamente nuevos enfoques extra marxistas («El marxismo contraataca», p. 178).

Las crisis (debe cuidarse el plural<sup>7</sup>) son el elemento en el que Rochabrún desarrolla buena parte de su producción, bien como fuente de problemas inéditos, bien como posibilidad de nuevas respuestas. Pero en su caso, ello no significó el abandono de determinadas constantes en su producción, las cuales no consisten en la concreción de tal o cual respuesta o el aferrarse a un esquema conceptual cuya impotencia ya haya sido ampliamente establecida. Cifraríamos estas constantes en: a) el continuo aprovechamiento de la dialéctica aprehendida y asimilada a partir de *El Capital* de Marx; b) la ambición totalizante que no se conforma con intelecciones puntuales, sino que aspira más bien a elaborar visiones articuladas de las complejas dimensiones de la vida social; c) la militancia «por el rigor»; y d) el ánimo progresista o la convicción —habitualmente no explícita— en virtud de la cual se entiende que la intelección de la vida social encuentra en la crítica de las distintas formas de dominación sobre los seres humanos a una condición fundamental —para decirlo en sus términos mínimos— que *anima* su movimiento.

<sup>7</sup> Cf., de manera especial, el artículo «Los tiempos y las crisis» (1986).

Desde la distancia (¿ventaja?) de quienes empezamos a pensar *después*, cabría preguntarse varias cuestiones en torno a estas crisis. Así, por ejemplo, si correspondería tratarlas en términos menos terminales y menos definitivas que como fueron tratadas por la generación de Rochabrún: a manera de un apocalipsis del que nada pareció quedar en pie, en el que los sectores populares pretendidamente democráticos terminaron apoyando dictaduras y donde la «verdad» del mercado y la violencia «iluminada» de Sendero Luminoso ridiculizaron cualquier ánimo disidente, no solo por ser políticamente incorrecto, sino por parecer completamente alejado de un mínimo *sentido de realidad*. Las generaciones de intelectuales, académicos y políticos de izquierda que procedan en las próximas décadas podrán tener su propia lectura. Podrán quizás volver sobre los volúmenes menos leídos de *El capital* (no creo que debieran hacerlo sobre el marxismo y su pobre antropología) para situarse de otra manera en el horizonte temporal que les corresponda vivir, donde las nuevas crisis, esta vez las que tengan que ver con la especulación financiera y la desregulación de los mercados, animen la difícil comprensión en ciclos espirales que parece ser el próximo reto para situarse en la sociedad capitalista contemporánea —definitivamente aún muy lejos de su colapso y que merece la lectura del largo plazo.

En cualquier caso, en el marco de sus crisis, Rochabrún no renuncia a las afirmaciones que le corresponden. Debe relevarse su interpelación en «Apuntes para la comprensión del capitalismo en el Perú» (1977), donde no solo confronta las proposiciones comúnmente aceptadas sobre el capitalismo en el Perú, limitadas a su caracterización como un país exportador y poseedor de un mercado pequeño, sino que afirma un enfoque en el que la ampliación de formas capitalistas convive con la persistencia de las precapitalistas, proponiendo una lectura de la industrialización peruana desde lo que denomina «capitalismo inducido» y el complejo papel del Estado en la lucha de clases. Intento semejante, para el ámbito latinoamericano, se encuentra en su interpretación de los procesos políticos de inicios de los años ochenta expuesta en «Economía y política en el análisis del capitalismo en América Latina» (1981).

Sus intentos por pensar la historicidad peruana desde la dialéctica marxiana atienden a los procesos de proletarianización vía el concepto de «personificación», a la vez que luego reconoce los límites del enfoque clasista y la falta de retorno de las personificaciones a los sujetos reales (p. 33, *passim*). Pero estos intentos reaparecen una y otra vez; por ejemplo, ante la temática de los movimientos sociales. Aquí su preocupación por la producción y reproducción de la sociedad en su conjunto y la centralidad del trabajo privado le lleva a afirmar la dependencia de «lo popular» frente a la estructuración de clase («Del mito proletario al mito popular (notas sobre el caso peruano)», p. 304). Aún más importante resultan sus convicciones acerca del papel central de la contradicción campo-ciudad en el Perú, el cual no hace sino trasladarse a la ciudad vía las migraciones (p. 348). Ello va de la mano con una apreciable consideración por nuestras peculiares estructuraciones y articulaciones dualistas («Mirando el campo con ojos urbanos») que encuentra su raíz en los planteamientos de Mariátegui («'Indigenista', 'europeizante' y 'negador': Mariátegui y el Perú como nación», pp. 551-552).

La contraparte de las propias afirmaciones viene dada por la disposición a formular preguntas que resulten de las cuestiones que interpelan la actividad científica. El perfil intelectual de Rochabrún sitúa a la actividad del preguntar en un lugar central desde el cual habrían de proceder tales afirmaciones, siendo de

suyo —ellas mismas— formas de delinear las problematizaciones por venir. Por ello, rechaza abiertamente —y en sus clases fuimos testigos de ello— la actitud *sometida* del académico que no puede ir más allá del perfil de mero intérprete atento a las novedades conceptuales procedentes de Europa o Norteamérica<sup>8</sup>. En un intelectual de orientación marxista como Rochabrún, este afán no puede ser la candidez chauvinista de quienes creen en la originalísima singularidad de la filosofía, el pensamiento o la ciencia social de tal o cual nacionalidad, sino la convicción según la cual se aprovechan mal los aportes teóricos que, respondiendo a interrogantes propias, a su propia *originariedad* socio-histórica, son pobremente empleados en la forma de la *aplicación*: «Creo que ‘el Perú hirviendo de estos días’ obliga más que nunca, pero también permite, lograr una creatividad genuina, liberada de un estilo que pese a reiterados esfuerzos no hemos sabido superar: leer nuestros problemas con las ‘últimas novedades’ de las ciencias sociales de los países centrales, sin reinventarlas primero.» («Ser historiador en el Perú», p. 475). Se trataría, más bien, de dialogar con las innovaciones teóricas foráneas en la medida en que provean de recursos significativos para afrontar nuestras propias preguntas, en el entendido de que tal diálogo es posible allí donde nos encontramos con vínculos y fenómenos sociales comunes o —al menos— analogables.

Así se abre paso en la producción de Rochabrún la pregunta por la profundidad del capitalismo en el Perú (pp. 390-392), lo que ello implica a propósito del abismo entre el campo y la ciudad, la incapacidad de las formas del capital para consumir la homogeneización de nuestro espacio, y el daño ejercido por ellas sobre lo precapitalista, sin que ello suponga su reinención en términos capitalistas. Vastas cuestiones se desprenden de ello: por ejemplo ¿qué formas de control político son viables en este contexto? (pp. 392-393). Al fin y al cabo, se trata de preguntas por la validez de la democracia en el Perú, donde aparecen respuestas sorprendentes —no solo para nuestra fallida izquierda—, tales como el creciente compromiso con la lucha por los derechos por parte de amplios sectores populares. Ellas no serían otra cosa que exigencias de cumplimiento de las promesas que el orden del capital y sus representaciones ideológicas liberales tienen pendientes en el país, sin que ello signifique orientaciones o aspiraciones socialistas (p. 182).

Al mismo tiempo, encontramos aquí una seria deuda de nuestro autor: la falta de profundización sobre el contenido de los horizontes ideológicos de la democracia liberal en nuestro medio. ¿En qué consisten su «libertad» y su «igualdad»? Este discernimiento resulta fundamental para, al menos por contraposición, atisbar qué vendría a ser una democracia socialista en el Perú. La denuncia a la infertilidad de nuestra izquierda y su intelectualidad queda claramente formulada una y otra vez. El paso a seguir quedó pendiente en medio de los descabros de la crisis, aunque la intuición de partida fue planteada: «Pero mientras el capitalista tenga potestad para contratar y despedir —es decir, para tratar al trabajador como un insumo más o menos bien pagado— y mientras la producción se guíe por la ganancia, todas estas transformaciones del capitalismo no pueden confundirse con el socialismo de Marx. Por ello el socialismo no puede consistir en la mera profundización de la democracia (capitalista)» («El marxismo contraataca», pp. 182-183).

<sup>8</sup> Es reveladora la sugerencia sobre los «contrabandos» del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en los años setenta y ochenta (p. 39).

*Batallas por la Teoría* nos ofrece pues, una parte importante de la obra de un intelectual peruano eminentemente crítico, fascinado por el poder de las preguntas en la actividad científico-social, y que a propósito de cuestiones cruciales sobre el país arriesgó afirmaciones sustantivas capaces de orientar fecundas líneas de investigación. También deja la impresión de una obra abierta con múltiples posibilidades que han quedado a veces solo enunciadas<sup>9</sup>. En una suerte de autodiagnóstico, Rochabrún define su pretensión intelectual en términos de una «mirada hologramática», donde la vieja formulación marxiana a favor de la comprensión orgánica y unitaria de la totalidad queda reformulada fuera ya de la vigencia de un modelo teórico determinado<sup>10</sup>. Tenemos entre manos una compilación valiosa para la relectura de los logros y fracasos de nuestra ciencia social, pero especialmente para la formación de las nuevas generaciones de investigadores e intelectuales que podrán encontrar en estos trabajos varias lecciones para aprender a pensar en términos propios; esto es, radicales y honestos, que debieran orientarse «por el rigor». Puede que este sea su principal aporte. A mi juicio, se trata de un notable teórico de la ciencia social —la edición de este material ayuda a mostrarlo— que tenemos la fortuna de contar en nuestro medio, y lo que vale de esta condición es su reto constante a *pensar sin contemplaciones*.

---

<sup>9</sup> Consideremos como especial ilustración la necesidad de pensar la relación de la ciencia social con los poderes y la opinión pública nacional a favor de una nueva política del conocimiento científico («¿Mirando el campo con ojos urbanos?», pp. 508-509).

<sup>10</sup> «A lo largo de este decurso Marx —‘a mi manera’— ha sido el modelo que he seguido en cuanto a las formas de pensar; con el tiempo fue dejando de serlo, aunque manteniéndolo como interlocutor obligado.» (p. 60).